

Comparecencia del Prof. D. Ramón Rodríguez García en la Comisión de Educación y Deporte para informar en relación con la elaboración de un Pacto de Estado Social y Político por la Educación el día 28 de junio de 2017

Señora presidenta de la Comisión de Educación y Deporte, señoras y señores diputados, señora letrada, muy buenas tardes.

Permítanme, ante todo, que me presente. Mi nombre es Ramón Rodríguez García. Soy catedrático de filosofía en la Universidad Complutense. He sido también profesor de Instituto de Enseñanza Secundaria y socio fundador y primer presidente de la Sociedad Académica de Filosofía, la Sociedad quizá más numerosa y activa de las Sociedades que integran la Red Española de Filosofía.

Quiero empezar manifestando que me siento muy agradecido y honrado por esta oportunidad que se me concede de comparecer ante esta Subcomisión del Congreso de los Diputados, representación de la soberanía nacional, para hablar de lo que ha sido la pasión de toda mi vida, la enseñanza de la filosofía. Agradezco particularmente al Grupo Parlamentario Popular su invitación, a pesar de que sabía de mi completo desacuerdo con el tratamiento que la LOMCE ha dispensado a la Filosofía en los ciclos educativos de ESO y Bachillerato.

Dado que el pasado mes de mayo compareció ante ustedes mi colega el Prof. Campillo, presidente de la REF, comparecencia en la que expuso con claridad y precisión la situación actual de la Filosofía en el sistema educativo y formuló unas muy razonables propuestas, que suscribo enteramente, voy a intentar esbozar ahora, para no ser redundante ni repetitivo, algunas consideraciones de fondo destinadas a destacar la fundamental labor formativa de la filosofía, terminando con alguna petición concreta.

Unas consideraciones que no pueden estar dirigidas en modo alguno por los intereses gremiales del profesorado de filosofía, actual o futuro, sin duda muy respetables y legítimos, pero que no lo son más que los de cualquier otro colectivo de enseñantes. Un filósofo sabe muy bien que la condición de ciudadano, que le convierte en sujeto político en una democracia, implica hacer abstracción de los intereses privados y

adoptar el punto de vista universal que trata de decir, como ya sabía Aristóteles, lo que es justo y conveniente para la comunidad política. Es este punto de vista, constitutivo de la democracia, el que permite el diálogo, es decir, el uso de la razón frente a la cruda contraposición de intereses en liza. Quisiera que mis palabras se entendieran así, como una contribución a la mejor formación objetiva del estudiante de ESO y Bachillerato, no como un discurso al servicio de los intereses previos del profesorado de filosofía. Si la filosofía hiciera esto traicionaría lo mejor de sí misma, que es lo que la hace imprescindible en un sistema educativo, como quisiera mostrarles a ustedes.

Lo primero que querría dejar claro es que la Filosofía no es una asignatura de Letras o Humanidades. No puedo entrar ahora en una discusión del concepto de Humanidades, tan solo decir que la adscripción de la filosofía a un ámbito de estudios literarios, artísticos e históricos es una agrupación cómoda para legisladores y burócratas, pero que no responde en absoluto ni a lo que la filosofía es ni a su historia. Las ciencias naturales y sociales son una forma fundamental de comprensión de la realidad en que vivimos y dar a entender que la filosofía está alejada de ellas y cercana a la literatura o al arte es un error categorial decisivo. Pues la filosofía, que busca siempre una perspectiva de totalidad, no puede dejar de interesarse por lo que las ciencias nos dicen del mundo. Si miramos a la historia, vemos que no sólo la ciencia ha nacido de la filosofía, sino que esta ha sido siempre una reflexión ligada a ella, como muestra una simple ojeada a los grandes filósofos desde Sócrates. Solo a partir del siglo XIX, la filosofía empezó a ser considerada más una ciencia del espíritu que de la naturaleza, pero jamás perdió su pretensión de instancia integradora de todas las formas humanas de entender la realidad. Por eso creo que hay que romper esta tópica asimilación de la filosofía a las Humanidades que tiene graves consecuencias, entre otras, que la Historia de la Filosofía se considere necesaria sólo para la modalidad de Humanidades y Ciencias Sociales, como hace la LOMCE. La mentalidad que subyace a esta decisión me parece profundamente equivocada.

La peculiaridad de la Filosofía

Permítanme ahora que exponga algunas características de la filosofía que, a mi entender, ponen de manifiesto que su enseñanza es literalmente insustituible, pues

aporta al joven estudiante un conjunto de competencias difícilmente alcanzables sin ella.

1. En primer lugar, la *aspiración a la visión global*, a hacerse cargo del hecho de la vida humana en su mundo como un todo, por encima de los sectores y especialidades que la división social del trabajo establece, es consustancial a la filosofía y la distingue de las demás ciencias. Ninguna se hace cargo directamente de esta tendencia elemental y profundamente arraigada en el hombre de intentar saber a qué atenerse en el mundo que le ha tocado vivir. La divisa de la Ilustración, “¡atrévete a saber!”, significa justamente esto, buscar, cada uno por sí mismo, una orientación propia y bien fundada en el mundo. La filosofía es, desde los griegos, el ejercicio consciente de esta pretensión. Preguntarse por las estructuras generales del mundo natural y social, por el sentido de la acción humana, o por las formas de racionalidad, preguntas típicas de la filosofía, al moverse todas ellas en esa perspectiva global, produce en la mente humana un efecto fundamental: nos despega de las certezas particulares de los distintos saberes y de las distintas ocupaciones de nuestra vida y de esta forma nos incita a buscarles su lugar en el conjunto de la vida, es decir, a buscarles su posible conexión e integración. La filosofía promueve insensiblemente, sin casi darnos cuenta, la necesidad de conectar, de establecer puentes entre las experiencias diversas, rompiendo los compartimentos estancos en que el alumno suele encasillar lo que recibe en las diversas asignaturas.

2. En segundo lugar, a la filosofía le es connatural el ejercicio del *pensamiento crítico*. Que la filosofía es una actividad intelectual esencialmente crítica es ya un lugar común y lo es sin duda con razón. Pero los filósofos, en nuestro afán de defender la filosofía y ensalzar sus virtudes, cometemos a veces el exceso de atribuirle a ella en exclusiva el ejercicio de la crítica, lo que además de ser una notoria injusticia, perjudica la causa de la filosofía. El científico que formula hipótesis, las contrasta con experiencias metódicamente controladas y las pone en discusión con la comunidad científica ejerce indiscutiblemente una forma crítica de pensar. La filosofía no tiene la exclusiva de la crítica, que forma parte del uso de la razón que todo hombre tiene. Lo que distingue la crítica propia de la filosofía es el distanciamiento de lo obvio, de las creencias comúnmente compartidas, algo que su aspiración a una visión global lleva consigo. Es

ese distanciamiento el que permite poner en cuestión no sólo un sector de creencias establecidas (una costumbre, una ley, una decisión política) sino los marcos mentales que dominan nuestra comprensión de la realidad y que establecen el sentido global de la acción humana. La filosofía es una interrogación siempre abierta sobre el sentido de lo existente y es ahí donde radica lo específico de su labor crítica. Por ello la crítica filosófica tiene carácter universal, todo es susceptible de ser puesto en cuestión. Pero esto no quiere decir que la actitud crítica de la filosofía se confunda con una sistemática destrucción de lo establecido por el puro hecho de estar establecido. Crítica es discernimiento, enjuiciamiento de lo dado, lo que significa mirar las diversas facetas de los problemas y valorar su papel en la vida humana. Pero además toda verdadera crítica es siempre autocrítica. Es esto una advertencia importante porque los filósofos solemos pecar de cierta autocomplacencia y rara vez volvemos sobre nuestra propia actividad la crítica que dirigimos hacia el mundo. Y es fundamental que nos preguntemos con la misma radicalidad crítica sobre nuestro papel en la enseñanza para mejorar al máximo nuestra contribución a la formación de los estudiantes.

3. En tercer lugar, la filosofía es un ejercicio constante de argumentación. Desde Platón sabemos que el filósofo es el que intenta siempre “dar razón”, el que se esfuerza por sujetar sus opiniones, como decía el filósofo griego, con la “consideración del fundamento”. Un discurso filosófico no puede consistir nunca, como a veces se cree, en un conjunto de afirmaciones más o menos grandilocuentes sobre la vida humana. Hacer filosofía no es poseer una concepción del mundo o un sistema ideológico, sino esforzarse por sustentarlo en buenas razones. La simpatía o los afectos no son lo que primariamente cualifica como filosófico un pensamiento, sino los argumentos que se dan para fundarlo. Al hacer esto, la filosofía muestra un respeto fundamental por la condición humana, pues lejos de imponer al otro, al que no piensa igual, una ideología, sin más alternativa que la adhesión o el rechazo, le da la posibilidad de *pensar*, de ponderar sus razones y proponer otras mejores, compartiendo ambos lo que Kant llamaba el uso público de la razón. Por eso el diálogo es la actitud natural de la filosofía, porque el uso de la razón implica siempre la posibilidad de entender los argumentos del otro y de ser convencido por ellos. Una mente filosóficamente formada no se conformará nunca con contraponer una opinión a otra, ni pensará

jamás que una opinión es mejor por el simple hecho de ser mía o nuestra, sino que buscará fundarla en razones que *puedan* ser comprendidas y compartidas por el otro. La filosofía es una escuela de libertad, como dice el documento de la Unesco, porque obliga a atreverse a pensar por sí mismo, a la reflexión y a la decisión fundada.

4. Por último, quisiera subrayar un rasgo que es muy peculiar de la filosofía. Me refiero a la presencia permanente que en ella tiene su propia historia. Es esta una diferencia notoria de la filosofía con las ciencias. Un físico, un biólogo o un matemático pueden probablemente alcanzar una formación suficiente y completa de su materia e investigar productivamente en ella con sólo conocer el corpus teórico actual de su ciencia, sin necesidad de mirar a su historia. Esta es para el científico más un objeto de curiosidad que una necesidad teórica. El filósofo, por el contrario, no puede prescindir de la historia de la filosofía. Son muchas las razones de esta peculiaridad, pero querría aducir ahora al menos estas dos: 1) la filosofía, en su ensayo de comprender la realidad que la rodea, hace siempre uso de conceptos que son el resultado de una larga tradición, que tienen por tanto una carga semántica que es necesario conocer para utilizarlos con la debida propiedad. Y ese conocimiento solo lo da el estudio de la historia, de las experiencias pasadas que han generado los conceptos. 2) Las teorías del pasado no representan para el pensamiento filosófico del presente momentos superados que podría dejar tranquilamente atrás porque ya han perdido toda capacidad de decir algo a quien vive en el siglo XXI. Esa es una falsa idea, que quizá tenga sentido en otros sectores del conocimiento pero no en la filosofía. Las filosofías del pasado son siempre una fuente de inspiración para el presente. Paradójicamente encontramos siempre en ellas posibilidades *nuevas* para el pensamiento, caminos hoy desconocidos pero por los que podemos transitar de manera renovada. Que los filósofos sigamos leyendo a Aristóteles, Descartes o Kant no es ninguna nostalgia de épocas mejores ni una señal de endogamia, es una manera de fortalecer la potencia del pensamiento para pensar nuestra realidad más actual. Todos los grandes filósofos del siglo XX, un verdadero Siglo de Oro de la filosofía, han innovado el pensamiento en permanente diálogo con sus antecesores.

Las competencias filosóficas

He querido poner de manifiesto estos caracteres propios de la filosofía porque desde ellos se comprende bien por qué su enseñanza promueve, además de conocimientos específicos que forman parte del legado esencial de la cultura occidental, una serie de competencias fundamentales que sin la filosofía estarían casi ausentes o muy empobrecidas. Son competencias claramente transversales, que dotan al estudiante de capacidades aplicables en cualquier ámbito de su estudio y de su posterior trabajo profesional.

Si nos situamos en el panorama actual del sistema educativo, resulta evidente la tendencia a formar al alumno con vistas a un saber básicamente instrumental y especializado. La actual insistencia en las competencias STEM (ciencias, tecnología, ingeniería y matemáticas) obedece a esta exigencia de promover técnicos cualificados capaces de innovar y mejorar el sistema productivo, con vistas a la competencia en el mercado universal de la globalización. Una insistencia que conduce a situar incluso competencias básicas transversales, como las que promueve la filosofía, en un marco mercantil y empresarial, como hace el reciente libro blanco de la CEOE. Nuestros pedagogos legisladores ven en esta ola avasalladora una razón para reducir progresivamente la enseñanza de la filosofía, basándose en la falsa idea de que la filosofía forma parte de la “cultura general”, esa que no proporciona ya la formación técnica necesaria. Pero esto es un error de graves consecuencias. La filosofía no produce competencias de ese orden instrumental, pero promueve competencias básicas que fomentan decisivamente el rendimiento en todas las demás materias. Esto es algo que ha sido documentado experimentalmente. Permítanme enumerar algunas:

1) *Interdisciplinariedad*. El hábito de relacionar las diversas experiencias y saberes adquiridos que produce la filosofía es la base más sólida para la exigencia de *interdisciplinariedad*, una competencia cada vez más necesaria ante la creciente complejidad de nuestro mundo. Todos los programas actuales de investigación incentivan las relaciones interdisciplinares. Por eso es tan esencial el papel de la filosofía en el nivel no universitario, porque es ella la única, entre las materias del Bachillerato, que promueve claramente la conexión entre perspectivas separadas.

2) *Creatividad*. El cultivo del pensamiento filosófico está en la raíz de la *creatividad*, otra competencia que ha pasado ya a primer plano en la enseñanza. En efecto, sólo puede ser innovador aquel que se desprende de la inercia de la visión habitual y pone en marcha relaciones no previstas entre las cosas. La filosofía es una escuela de creatividad en virtud precisamente de su capacidad de relacionar lo distinto y de integrar lo disperso.

3) El *pensamiento crítico* es hoy una competencia básica que figura en todos los sistemas educativos. Es evidente que la filosofía, que hace de la crítica su razón misma de ser, es la actividad que mejor contribuye a crear los hábitos básicos de la actividad crítica: examinar la consistencia de las opiniones, exigir razones y pruebas frente a la proliferación de falsas noticias, oponerse a las crecientes formas sociales de gregarismo, especialmente poderosas en los centros educativos, resistir a los tópicos expandidos por las redes sociales, en una palabra, defenderse del dogmatismo.

4) *Competencias lingüísticas*. La práctica argumentativa de la filosofía induce en el alumno *competencias lingüísticas* esenciales que hoy están claramente necesitadas de mejora. La LOMCE y en general el sistema educativo español hace de la lengua, como es sabido, uno de sus ejes fundamentales. Sin embargo, para quien se dedica a la enseñanza universitaria, es bastante evidente el escaso éxito de nuestro sistema en la potenciación de las competencias lingüísticas. Hoy es una experiencia ampliamente compartida que el alumno, incluso universitario, tiene un déficit de comprensión lectora, que se concreta en un bajo nivel de comprensión de términos abstractos, un deficiente uso de las conectivas lógicas de la lengua (conjunciones y preposiciones) y no pocas dificultades para percibir el orden del discurso, es decir, la concatenación de ideas principales y secundarias, de fundamentos y consecuencias. Todo lo cual redundará en una dificultad de expresión y de comunicación, que se ha tornado en un problema endémico del estudiante español. La filosofía, que tiene una relación especial con el lenguaje, pues se funda en la precisión conceptual y en el respeto a la lógica interna de los discursos, es una terapia excepcional de esos defectos, especialmente la práctica del comentario de textos filosóficos, para el que es esencial el análisis del significado de los conceptos y la comprensión de la estructura argumentativa. La filosofía es, permítanme que lo afirme enfáticamente, un

extraordinario potenciador de las capacidades lingüísticas y de comprensión, sin las que ninguna otra competencia puede desarrollarse.

5) Todas estas competencias, que son transversales, en el sentido de que rebasan los campos específicos de cada materia o disciplina, indican que la formación básica que la filosofía proporciona no consiste en la adquisición de competencias técnicas que puedan producir nuevos ingenios, sino en una *capacitación que mejora la condición del individuo humano que las posee*. La filosofía es de ese tipo de actividades que, como ya sabía Aristóteles, no recae sobre las cosas, no produce nuevos objetos, sino que reobran sobre el sujeto, transformándolo y potenciándolo. Las competencias que la filosofía promueve forman al individuo como persona y como ciudadano: la búsqueda de orientación global, el pensamiento crítico y el uso argumentativo de la razón hacen del individuo una persona, es decir, un ser libre y autónomo, capaz de pensar por sí mismo, que está obligado a dar razón de sus tomas de posición y por ello sabe que el diálogo es la forma natural de relación con quienes comparte el mismo uso de la razón. La filosofía es, en sí misma, una escuela de ciudadanía, pues enseña justamente una actitud que coincide con lo más elemental de la condición de ciudadano: distanciarse de los intereses privados inmediatos y abrirse al punto de vista universal, en el que se fundan los derechos de la comunidad política. No en vano la filosofía nació en las ciudades, allí donde el uso de la palabra giraba en torno a lo bueno y lo justo para ciudad, no en torno a los intereses domésticos.

Pero naturalmente las competencias filosóficas no se adquieren en vacío, como si pudieran adquirirse directamente, sin contenidos específicos. Disociar los conocimientos de las competencias, dar a entender que estas pueden adquirirse sin aquellos, es un error que la experiencia del aula muestra constantemente. Las competencias transversales propias de la filosofía sólo se adquieren *ejerciendo algún tipo de conocimiento*, pensando sobre contenidos determinados. Por eso es fundamental que haya en el sistema educativo *materias filosóficas*, esto es, una asignatura que se centre en los grandes temas de la reflexión filosófica (el concepto de verdad, el problema de la libertad, la naturaleza humana, las formas lógicas de argumentación, etc.) y otra que enseñe los grandes hitos históricos del pensamiento. Solo aprendiendo a pensar al hilo de esos temas, siguiendo los argumentos elaborados

por los grandes pensadores, se van sedimentando en el estudiante esas competencias. Y solo entonces se pueden tematizar por el profesor y fijar la atención en ellas.

Peticiones para el Pacto Educativo

Acabo con cuatro peticiones que considero fundamentales para el que el sistema educativo pueda sacar partido a las potencialidades de la enseñanza de la filosofía:

1) Es fundamental y urgente volver a situar la *Historia de la Filosofía* como troncal común en 2º curso de Bachillerato y sacarla de su reclusión en las modalidades de Humanidades y Ciencias Sociales. Con ello se respeta la naturaleza de la filosofía, pero sobre todo permite una planificación sistemática del conjunto de las enseñanzas del área de filosofía, haciendo posible una gradualidad en la adquisición de los conocimientos y las competencias. El mantenimiento de la actual situación de la LOMCE desaprovecha claramente las potencialidades formadoras de la filosofía y trunca el trabajo pedagógico del profesorado, obligado a comprimir los contenidos y apresurar el ritmo propio de la enseñanza.

2) Es necesario que ese ciclo educativo mantenga el nombre de *Filosofía* y se atenga a la concepción esencial de su actividad que en breves rasgos he tratado de resumir ante ustedes, pero que diseña sobre todo su historia. La tendencia a diluir la filosofía en una especie de “Estudios culturales” múltiples, un cóctel de ingredientes sociológicos, antropológicos y literarios volvería irrelevante la enseñanza de la filosofía y poco útil para la formación de esas competencias básicas.

3) Es necesario efectuar una revisión de los programas de las asignaturas de Filosofía que flexibilice sus contenidos, de manera que permitan al profesor una cierta libertad de movimiento para mostrar la cercanía de los problemas filosóficos al mundo vivido por el estudiante y obtener el logro de las competencias filosóficas señaladas. Esto es especialmente importante en *Historia de la filosofía*, que corre siempre el peligro de aparecer ante el estudiante como una galería inconexa de teorías incomprensibles y lejanas, cosa que destruye todo su potencial formativo.

4) Es imprescindible mantener en todas las asignaturas de Filosofía, incluida *Valores éticos*, un profesorado especializado. Esto no es una exigencia gremial, es una

necesidad de la enseñanza de la filosofía, que sólo logra sus efectos cuando el profesor está comprometido personalmente con ella, cuando trasluce en su propia actitud en el aula las competencias básicas de la filosofía. El desconocimiento del trasfondo de los grandes temas filosóficos o una disociación entre los contenidos y las actitudes son letales para la labor formativa de la filosofía. Como lo es también el que la asignatura tenga una sola hora de clase semanal (*Valores éticos* de 2º y 3º de ESO), lo que la condena irremediabilmente a la insignificancia y a la frustración.

Decía Kant que la educación es el mayor y más grave problema que se le puede plantear al hombre. No quisiera terminar sin agradecer el trabajo y la existencia misma de esta Subcomisión, que testimonia la decisión de hacerse cargo de este fundamentalísimo problema, especialmente urgente en España. Una decisión que, pueden estar seguros, eleva el ánimo a todos los que estamos inmersos en él.

Muchas gracias por su atención. Me tienen a su entera disposición para cualquier cuestión que quieran plantear.